

## VISITA INESPERADA

Don Rola

Era pleno invierno. Un hombre caminaba apegado a la orilla interna del espacio destinado a los peatones. Apenas flectaba sus rodillas, daba pasos arrastrados y con ellos sus zapatos desgastados parecían lijar la superficie. Sus pies estaban hinchados y habían formado llagas después de haber caminado tres días y tres noches seguidas. Hambriento y sediento llegó a la ciudad.

Contemplar las rejas electrificadas y las ventanas protegidas con artísticos diseños en fierro, le producía sensaciones encontradas. Para él, después de muchos años, todo había cambiado; las calles, las construcciones, hasta la gente la veía diferente. Siguió buscando sigiloso. De pronto, como si alguien lo estuviera guiando se detuvo frente a la puerta de una casa. Trató de equilibrar su deteriorado cuerpo y llamó:

—Aló..., aló...

—Buenas tardes —¿será aquí? pensó.

—¿Hay alguien? —hacía un esfuerzo, con sus ojos somnolientos, tratando de buscar algún indicio de los moradores.

En ese instante su memoria divagó como un pajarito perdido de su nido, por sus entrañas corrió una mezcla de ansiedad y angustia, que en segundos cambió a regocijo y armonía. Jamás se había sentido así.

En la casa había moradores y estos además escucharon sacudirse la puerta, o así les pareció.

—Vieja, ¡justo a la hora de almuerzo!

—No te pares viejo, ya se van a ir.

—Alooo, alooo, soy yo...

## Don Rola

Afuera un hombre bajo, harapiento, raquítico, trataba de levantar las manos, mientras el tono de voz, con esfuerzo, iba en aumento.

—¡Por favor! —insistía.

Ante las insistentes rogativas, el dueño de casa, un hombre canoso, de bigotes gruesos, apartó su cuchara y se levantó de la mesa bastante disgustado.

—No esperamos a nadie viejo, ten cuidado.

Su compañero se acercó a la ventana, corrió la cortina y observó.

—Es un pordiosero, está flaco, tiene el pelo largo, desgredado, y una barba sucia. Sin embargo en su mirada no parece un hombre malo, su semblante es más bien alegre y sus ojos algo quieren decir.

—Si así lo crees deberías ir a ver, podría necesitar agua.

—Recién me dijiste que tuviera cuidado.

—Sí, pero un mendigo en esas condiciones...

La mujer, de pelo largo y pañuelo en la cabeza, también interrumpió su comida y se levantó de la mesa. Caminó a paso lento hacia la ventana, con una mano deslizó aún más la cortina y observó los movimientos del extraño junto a la puerta.

—Me parece alguien conocido —mencionó en voz baja.

El vagabundo levantó una mano, su voz era más tenue y en su rostro había una mezcla de súplica y amor.

—Soy yo..., por favor...

—¿Quién puede ser? —preguntó el marido y miró a su compañera.

—Lo he visto antes, pero no estoy segura.

## Don Rola

Al forastero, reconocer el intercalado de fierro y madera, le producía una sensación de nostalgia y cariño. Con sus manos acariciaba la cerradura como si en ella estuviera implícito su pasado; percibía una manilla amigable, desgastada, que lo invitada a entrar. Acercó su cara y besó el tirador. Pudo percibir ese aroma metálico e incluso le pareció detectar algunas huellas conocidas. Apoyó su cuerpo entero en la puerta y largó a llorar.

A través de la ventana, la pareja contemplaba la escena.

Fuera quien fuera, sus corazones temblaron.

Abrieron y corrieron hacia la puerta de calle.

—¿Quién eres? —le preguntó el esposo y guardó distancia porque la razón se lo exigía, sin embargo la intuición luchaba por acercarse.

—¿Puedo pasar...?, tengo frío..., hambre..., sed.

—Te daremos agua y pan para que así puedas seguir tu camino —mencionó el hombre en voz baja, como sintiéndose culpable por no dejarlo entrar.

—Tenemos que ayudarlo —se estremeció la mujer.

—Verdad, a cualquiera le podría pasar esto —un sentimiento de compasión abarcó al marido.

—Hagámosle entrar —la señora estaba convencida.

Antes que el dueño de casa le diera la espalda, el desconocido los miró fijamente; sus ojos iban del uno al otro sin pestañear. Entonces la mujer lo reconoció:

**Don Rola**

—¡Hijo! —ella sintió como si su cuerpo flotara.

—¡No puede ser!, tu... se acercó el padre.

—Papá..., Mamá...

—Viejo, por favor anda a buscar la llave.

—Sí..., claro... ya voy.

Él trastabilló al entrar a la casa.

Se fue directo al lugar de las llaves y cogió la más grande.

—¡Yo abro! —vociferó la mujer casi arrebatándole el manajo.

Entonces ella metió la llave en el orificio desgastado y tiritando le dió dos vueltas. La pesada puerta se fue completa hacia atrás porque el hijo se abalanzó encima. Allí la madre lo contuvo y lo abrazó, mientras por su memoria aparecieron aquellas escenas de cariño y amor de la infancia, que la hicieron llorar como un sauce cuando es podado. De los ojos del hijo se comenzó a desprender un torrente de lágrimas. El padre volvió a asegurar la puerta. Él también formó parte de ese abrazo y lloraba como un niño. No querían soltarse y así entraron a la casa. Adentro, la madre se apresuró en preguntar:

—¿Cuándo llegaste?

—Anoche a la ciudad..., hoy a la población.

—Pero..., ¿por qué no avisaste?

—Mamá, podría haber sido peligroso

—A qué te refieres —le consultó el padre.

—Ya tendré tiempo de contarles.

## Don Rola

El hijo se notaba muy cansado, sus labios acusaban una deshidratación severa, su cuerpo estaba lleno de tierra, de transpiración, parecía que no se hubiese aseado durante días. Se sentaron a la mesa de la cocina, recalentaron los platos y prepararon una ración grande de alimentos y de agua para él.

El matrimonio tenía la costumbre de almorzar con el televisor encendido, aunque muchas veces ni sabían lo que estaba diciendo el aparato. Pero ese día a esa hora cuando ellos trataban de que su hijo les contara lo sucedido, mientras comían, la respuesta llegó a través de la televisión: ÚLTIMO MINUTO, la palabra destellaba cada ciertos segundos, mientras en la parte inferior de la pantalla se anunciaba la noticia: REO SE FUGA DE LA CÁRCEL DE ALTA SEGURIDAD. Las miradas de incredulidad de los padres se cruzaron y luego se dirigieron al hijo. Todo ocurría en silencio.

—Ya les contaré, quédense tranquilos.

—Pero ¿cómo fuiste a hacer eso? —no voy a dormir tranquila.

—Te das cuenta lo peligroso que has hecho, si te hubieran sorprendido, quizás no estarías vivo —lo reprendió el padre.

La situación era evidente, no obstante el hijo se notaba tranquilo. Los padres trataban de asimilar la situación. El tiempo olvidaría todo o tal vez no. Con estos sentimientos dispares ellos empezaron a preparar el cuarto de baño y acomodar su dormitorio.

Dormir era lo que más necesitaba el hijo.

Entonces, desde las habitaciones de atrás escucharon sacudirse la puerta de calle como si alguien la fuera a echar abajo. Segundos después una voz grave a través de un megáfono repetía: LO TENEMOS RODEADO, SALGA CON LAS MANOS EN ALTO. En la calle, tres carros blindados, dos radio patrullas y una docena de policías estaban apostados y apuntaban sus armas hacia la casa.

## Don Rola

Dejaron de lado lo que estaban haciendo y en puntillas se fueron hacia la cocina. La madre y el hijo se sentaron, mudos, mientras el padre a través de la ventana, que allí era más alta, observaba.

La puerta era embestida por un ariete que sostenían dos policías, pero ésta aún soportaba. Habían llegado refuerzos y el vecindario se empezaba a reunir. La gente preguntaba, sin encontrar respuestas.

—Van a entrar ¿que hacemos? —susurró el padre.

—Deberías entregarte hijo... —la madre lo acarició.

—No, de ninguna manera.

El dueño de casa estaba por salir, cuando el teléfono irrumpió en seco, como un latigazo sonoro, que los hizo sobresaltar. Siguió sonando, nadie contestaba, la incertidumbre los envolvía.

—Buenas tardes... —la señora, apenas contestó.

—Buenas tardes, soy el abogado.

—¿Que sucede?

—¡Escuché la noticia y llamé a la cárcel!

—¡Hombre, dígame de una vez!

Afuera, la sierra se ensañaba. La muchedumbre murmuraba. A lo lejos un moscardón metálico rugía.

—Su hijo, por buena conducta, fue liberado la semana pasada. La fuga fue anoche. La policía está equivocada —afirmó el abogado.

Fue tan grande el impacto, que la mujer dejó colgando el auricular.

—¡No salgan! ¡Voy enseguida! —se alcanzó a sentir la voz a través del teléfono.

Afuera, el megáfono repetía. Los perros aullaban. La bruma era más densa.

